

HISTORIAS DE FAMILIA, O LAS FAMILIAS EN LA HISTORIA

Guillermo Rochabrún S.

*A Violeta Sara-Lafosse, en sus
veinticinco años de docencia*

En el curso “Introducción a la Sociología” (Facultad de Estudios Generales-Letras, de la Universidad Católica del Perú) durante el primer semestre de 1991 encargué a los estudiantes la descripción y el análisis de una familia —que podía o no ser la propia—, a lo largo de tres generaciones. El centenar de trabajos presentados constituye un valioso material preliminar para analizar la relación entre familia y sociedad a lo largo de este siglo. He aquí algunas impresiones muy rápidas y fragmentarias a partir de esta experiencia, tanto respecto al significado de los trabajos como en cuanto a su contenido.

I. SOBRE LOS ESTUDIANTES Y SUS TRABAJOS

Una primera apreciación que surge tras la lectura es que, confrontados con las familias del pasado, los estudiantes valoran de manera muy positiva a la familia actual, a pesar del sesgo “tradicionalista” que estaba presente en parte de la bibliografía mínima a la que pudieron recurrir, así como en razón de nociones trilladas sobre la “crisis de la familia” en el mundo de hoy¹.

1. Esto ocurre en Umberto Cerroni. En su análisis presenta de manera bastante esquemática a una familia “tradicional”: ella no solamente realiza múltiples funciones sociales, sino que también proporciona a sus miembros un clima pleno de afectos y apoyos, en contraste con la familia “moderna”, la cual va quedando reducida a una institución

Ahora bien, ésta no es en modo alguno una apreciación meramente arbitraria por parte de los alumnos, sino un juicio susceptible de ser fundamentado. Por ejemplo, los estudiantes perciben que con el paso de estas generaciones se ha ensanchado la comunicación entre padres e hijos, así como la horizontalidad entre marido y mujer². Confrontados con el testimonio de sus padres (o de adultos de una generación similar a éstos) sobre la relación que ellos tuvieron con la generación anterior, los jóvenes encuentran opresivo, “machista”, y afectivamente pobre el tipo de autoridad de la familia antigua. Aprecian en la familia de hoy no tanto la “libertad” o una supuesta “liberalidad”, sino la posibilidad de diálogo, la toma de decisiones relativamente compartida entre toda la familia, o una mayor autonomía como personas.

proveedora de servicios y finalmente —según una expresión del autor— “se transforma en un dormitorio”. Cfr. *La Relación Hombre-Mujer en la Sociedad Burguesa*. Akal, Madrid 1976. Pero los alumnos también tuvieron a su alcance unas páginas de Margaret Mead (*Cultura y Compromiso. Estudio sobre la Ruptura Generacional*, Granica Editor. Buenos Aires 1971), donde Mead simula un diálogo en el que un padre le dice a su hijo que él (el padre) ya fue joven, mientras que el hijo todavía no es adulto; por lo tanto aquél condensaría la experiencia de varias edades, lo cual redundaría en una indiscutible autoridad. El hijo replica que el padre nunca fue joven en el mundo de hoy, el cual sería completamente diferente al mundo experimentado por el padre en su juventud.

Sería muy arbitrario suponer que estas páginas de Mead influyeron en la mayoría de los estudiantes a la hora de hacer sus análisis; pero sí se puede afirmar que éstos son mucho más afines a Mead que a Cerroni.

2. Si bien esto no ha sido mencionado en dichos trabajos, para ambos efectos es instructivo examinar las fotografías de familia de comienzos de siglo que solían encontrarse en la sala de la casa: generalmente el padre va sentado, mientras los demás miembros de la familia, de pie, lo rodean al modo de una corte. Generalmente figuran de cuerpo entero y los rostros son inexpresivos, lo cual no puede ser explicado solamente por la prolongada exposición que en esos años debía tener la película. Hacia una época que no es fácil de precisar esas fotografías desaparecieron y fueron sustituidas por imágenes muy diferentes. En muy diversas capas medias y populares es típico encontrar hoy en día una fotografía retocada de los dueños de casa en la cual ellos aparecen hasta medio busto —es decir, el énfasis está en el rostro, cuya expresión es seria— y donde ambos figuran en igual orden jerárquico. Finalmente, en las capas medias “modernas” hoy se puede observar sobre todo fotografías por separado de los integrantes de la familia, en especial de los hijos, exteriorizando expresiones que hoy se consideran “propias de su edad”. Para bien o para mal en estos casos los padres han dejado de ser el centro de la familia.

Una muestra de ello la da, más allá del contenido de sus trabajos, la escasez de enfoques apologéticos (del estilo “mi papá, mi mamá, mis hermanos, son maravillosos”), frente a una abrumadora mayoría en que el (la) hijo(a)-investigador(a) examina su propio entorno familiar con una gran capacidad para tomar distancia frente a él.

La naturaleza de las exposiciones presenta a las familias a través de un ordenamiento diacrónico; una perspectiva estructural requeriría de una reinterpretación de los materiales. Por otro lado el conjunto de casos presentados no son “muestra representativa” alguna. Se trata, no hay que olvidarlo, de un conjunto de familias que en su inmensa mayoría hoy pertenecen a las capas medias, pero que una o dos generaciones atrás podían haber tenido una pertenencia de clase sea terrateniente o campesina. En todos esos casos es común la transición desde una familia fuertemente jerárquica hacia una familia más horizontal³. Así mismo, en una abrumadora proporción son individuos o familias migrantes cuyo punto de destino ha sido Lima, pues en la PUC es muy pequeño el número de estudiantes provincianos de familias no migrantes.

Eso sí, en términos generales son casos que se pueden denominar “exitosos” desde el punto de vista socio-económico, y que mal que bien sobrellevan la actual crisis económica sea con cierta comodidad o sin excesivo dramatismo.

Dado lo difícil que es investigar a las capas medias en este país, materiales de este tipo pueden contribuir a corregir el sesgo que tienen las ciencias sociales —y la Sociología muy en particular— de dirigir la mirada casi exclusivamente a los sectores populares.

II. SOBRE LAS FAMILIAS

Quizá el hecho histórico más resaltante en estos materiales radica en la transformación, ya no solamente de la estructura de la familia, sino —podríamos decir— de su misma *naturaleza*. El “orden familiar” se va diferenciando conforme se realiza el paso de las generaciones, en especial cuando con ellas hay un desplazamiento del mundo rural al mundo urbano.

3. El abuso tan frecuente que entre nosotros se hace de diversos vocablos me persuade a no utilizar para estos efectos el término “democrático”.

Así tenemos familias terratenientes serranas que a inicios del siglo XX son antes bien *empresas pre-capitalistas*. De este modo el matrimonio es en gran medida un contrato entre los padres de ambos contrayentes, o el marido lo asume como una “acción racional con arreglo a fines”. Puede colocarse, entre muchos otros ejemplos posibles, el caso del segundo matrimonio de un hacendado ayacuchano con una joven de 16 años, cuando él ya tenía 53 y cinco hijos de un primer matrimonio. Estas segundas nupcias tenían como finalidad buscar quién se ocupara de los hijos y de las tareas domésticas.

En otro caso, también de terratenientes, el padre hace que su hija estudie y se gradúe como educadora —cosa inusitada a inicios del siglo XX— y que uno de sus hijos sea sacerdote; de esta manera la educación y la religiosidad de los indígenas quedaron bajo el estricto control de la familia, como medios para asegurar la dominación⁴. Esta “acción racional” teleológica aparece también en los hijos: el segundo de ellos fuga, con parte de la herencia, cuando el padre le ordena dedicarse al sacerdocio. En cambio el primogénito acepta el sacerdocio, lo cual no le impide llegar a tener seis hijos en cuatro hijas —e incluso esposas— de otros hacendados.

Un punto particularmente interesante en un enfoque sociológico es explicar las diferencias entre individuos que están, en todo lo fundamental, en la misma situación. Pero ocurre, sobre todo en un mundo “tradicional”, que ciertas circunstancias se agotan; así, los hijos tendrán que repartirse unas cuantas hectáreas de terreno en una situación en la que no existe mercado de tierras, y con una frontera agrícola estancada. Hay pues, una presión demográfica creciente sobre la tierra; ésta se hace cada vez más pequeña en una agricultura que sigue siendo extensiva. Otro caso es el de las distintas trayectorias que siguen los hermanos. Para ello es siempre esencial considerar las *perspectivas* que unos y otros ven para el futuro. Por ejemplo, los hijos mayores tendrán que ayudar a los menores; al poder contar con este apoyo para éstos afrontar la vida será relativamente más fácil.

En un caso que tiene lugar en la sierra de Ancash en las primeras décadas de este siglo, el padre —pequeño propietario— decide trabajar a la vez como capataz en una mina, ayudándose con el hijo mayor. A la muerte del padre el hijo lo sucede y continúa apoyando la educación de sus her-

4. Es posible también desempeñar el rol de “juez familiar”. El “cabeza” de familia es consultado y dirige conflictos familiares.

manos. Estos finalmente abandonan el lugar y migran, unos a Trujillo y otros a Lima. De una manera incipiente el padre había iniciado una diversificación que luego desemboca en la desintegración de la antigua forma familiar.

Una historia particularmente dramática se inicia en una zona costera de Arequipa a comienzos de este siglo. Se trata de un joven y una muchacha (de 22 y 16 años, respectivamente), que hacia hacia la década del veinte deciden casarse desafiando la oposición de los padres de ella, por la pobreza absoluta del pretendiente.

Tras fugar esta pareja se asienta en la hacienda Chucarapi, donde el marido va a tener un desempeño sumamente sumiso frente al patrón, sin pretender más de lo que él le da. Contrariamente, la mujer estaba permanentemente inconforme, quizá porque no había sido tan pobre como el marido. En cuanto a éste, pudiera ser que la hacienda —incluyendo al hacendado— hicieran para él las veces de la familia que él no había tenido: hijo único, había quedado huérfano de padre a los tres años y de madre a los ocho. Por el contrario su esposa había abandonado a sus padres; es decir, había roto con su mundo y podía seguir rompiendo en el futuro. El caso es que ella, siendo a la vez mucho más religiosa que su marido, alienta permanentemente a los hijos mayores a educarse y a salir de la hacienda, mientras el padre se opone tanto a lo uno como a lo otro. Respecto a la educación “su argumento era que él pudo mantenerse bien sin educación alguna y sus hijos también podrían hacerlo. El prefería que se les enseñe a trabajar la tierra...”⁵

Un aspecto particularmente revelador en este trabajo es la explicación de la numerosa descendencia de las familias en la hacienda. “Postular como causa la ignorancia del pueblo podría ser no del todo plausible, sin embargo. Lo que sucedía era que el patrón ofrecía hermosos regalos para las familias que lo alegraran trayendo al mundo la mayor cantidad de hijos. Obviamente la idea era seguir con la producción a gran escala de nuevos trabajadores.”⁶

5. José Carlos Chávez-Fernández Postigo: *Análisis de las Relaciones Familiares*, p. 3-4. (Este es uno de los mejores trabajos, tanto en exposición como en análisis.) En otras familias hay un cambio: tras un período de pertinaz negación, sobre todo por parte del padre, luego se acepta que los hijos —e inclusive las hijas— vayan a la escuela.

6. J. C. Chávez-Fernández: *Op. Cit.*, p. 4-5.

Otro aspecto sumamente importante en este mundo tradicional rural es el de la religiosidad, la cual se presenta a su vez bajo distintas modalidades. En el caso de un hacendado ayacuchano a comienzos de siglo “los días de Semana Santa él se encargaba personalmente de azotar a sus peones para unir sus sufrimientos al de Cristo”. Esta religiosidad se combinaba con el curanderismo y más tarde con una encendida militancia aprista que lo obligó incluso a tener que refugiarse en la clandestinidad: “religión es igual a opción política”, decía. Pero en otros casos la religiosidad es un apoyo en la lucha contra la adversidad y como aliento en la búsqueda del progreso.

En cuanto a la migración, ella varía no solamente según la condición socio-económica del migrante. También depende mucho según el momento y las razones o circunstancias en las cuales ella se produce: encontramos a terratenientes que no migraron hasta que vino la reforma agraria, a partir de 1969, mientras otras veces, jóvenes campesinos ansiosos de progresar hacia los años 20 ó 30 del siglo XX abandonan su tierra.

Pero en lo que a intentos de superación se refiere, también hay esfuerzos muy grandes de gentes de escasa condición económica por superarse sin salir del lugar de origen. En ocasiones esto ocurre a través de la educación: personas que no solamente pudieron educarse, sino que luego se dedican a la docencia e incluso cumplen un rol como intelectuales en sus respectivas provincias, llegando a escribir libros sobre el lugar y la región.

En diversos casos se aprecia una notable movilidad social ascendente: nietos de campesinos pueden ser profesionales plenamente urbanizados. Sin embargo, dada la inmensa distancia existente en el país entre campo y ciudad, por lo general estos migrantes exitosos perderán todo contacto con el mundo de sus padres. Para las capas medias que así se van formando, constituirse como tales implica una verdadera ruptura; en otras palabras, casi hasta el día de hoy la migración no crea lazos entre campo y ciudad. Este vacío es expresión de la no integración *sistémica* entre ambos espacios, brecha que no puede ser llenada a través de la integración *social*; es decir, a través de lazos sociales entre grupos⁷. En los tiempos más recientes la situación parece ser

7. Este contraste entre el flujo de personas y la no integración de estructuras podría ejemplificar la distinción trazada por David Lockwood entre “integración social” e “integración sistémica”. Véase su artículo “Social Integration and System Integration”, en George Zollschan y Walter Hirsch: *Explorations in Social Change*, pp. 244-257.

distinta entre migrantes de sectores o clases populares; merced al desarrollo del mundo llamado “informal” hoy hay una red de intercambios mucho más densa entre campo y ciudad.

Sin embargo ya el ejemplo de la pareja que llega a Chucarapi muestra un aspecto que se presenta en muchos otros casos y desde los inicios de la época explorada por estos trabajos, como es la frecuencia con que las mujeres, aún cuando no lleguen a migrar, toman la iniciativa para sobreponerse a las distintas dificultades que enfrentaban en sus condiciones de vida. Y ello ocurre hasta en familias absolutamente “tradicionales” intoxicadas de “machismo”. Pareciera que llegado el caso el padre —o en todo caso la figura de “hombre”— pasa a ser el modelo tanto para hombres como para mujeres. El “matriarcalismo” corre paralelo como la sombra del llamado “machismo”⁸; en ambos casos *un* género asume, de manera exclusiva y excluyente, la autoridad y el control al interior de la familia.

Lo que va a romper con lo uno y lo otro es una relación aproximadamente horizontal, la cual va apareciendo a lo largo del siglo XX con bastante rapidez. Es así que, como se deja notar en tantos casos, los abuelos de hoy llegan a experimentar e incluso aceptar las nuevas pautas de autoridad y relación existentes entre sus hijos, nietos e hijos políticos.

Otra circunstancia que fuerza a la iniciativa femenina es la orfandad, acaecida muchas veces a edad temprana. Es frecuente el fallecimiento de uno o incluso de los dos padres siendo aún jóvenes; ello a veces impulsa en las hijas a una gran pujanza, sea en el plano social —p. ej., educación— o económico.

La iniciativa femenina aparece también incluso si la mujer está en neta inferioridad educativa frente al hombre. Un caso que muestra la diversidad de situaciones posibles es el de la de una joven de Chacas (Ancash) quien se casa en este lugar con un profesor originario de Cora Cora (Ayacucho), pero

Houghton Mifflin Co., 1964. Existe traducción castellana, Facultad de Ciencias Sociales (PUCP), 1989 (mimeo).

8. Pongo el término entre comillas porque aún requiere un esfuerzo de definición; hoy en día es utilizado para referirse a significados muy distintos que no siempre van juntos. Por otro lado rara vez es entendido como una relación, y antes bien tiende a vérsese como un comportamiento unilateral de los hombres frente a las mujeres.

que ya residía en Lima. Instalados en la capital, la señora empieza a traer ropa de contrabando y a producir ropa tejida. La mejoría que esto produce en la situación económica de la familia le permite terminar la secundaria y luego graduarse como profesora. Entonces entra a trabajar en la docencia, y decide abandonar sus anteriores actividades económicas.

Esto pareciera significar un punto de ruptura en su perfil personal al identificarse con una labor propiamente intelectual; así fue que al cabo de un tiempo y ante el deterioro de su sueldo y el de su marido, si bien ambos intentan otros negocios, éstos estarán ligados a la educación y a los trabajos de imprenta. Fracasan sin embargo en todos ellos, hasta que con otros amigos, colegas y parientes deciden fundar un colegio. Lo llamativo del caso es que la señora no intentó regresar a su antigua actividad de fabricación de chompas, pese a que ya contaba con la experiencia necesaria.

Dos temas merecen ser estudiados a lo largo del tiempo para evaluar los grupos de referencia y la autoridad paterna. Por un lado, el nombre elegido para los hijos: ¿en qué medida responden a “lo tradicional”, o a nuevos criterios?. Un hecho sorprendente es que en el lapso cubierto por estos casos no aparece un número significativo de vástagos de uno y otro sexo que lleven el nombre de los padres. El otro es la elección del cónyuge: ¿en qué medida lo hacen los directamente interesados, y según qué criterios?, ¿o lo determinan los padres?. En familias propietarias —no necesariamente de grandes terratenientes— hay una exigencia de mantener la *empresa familiar*, lo cual predispone a disponer sobre el destino conyugal de hijos e hijas. En tiempos más recientes los criterios pueden ser igualmente pragmáticos, pero ya se trata de decisiones individuales con escasa participación de los padres, aunque la familia siempre reacciona aceptando o rechazando al cónyuge respectivo. De hecho no aparecen los casos tipo “Natacha”; cuando el amor romántico tiene lugar, ocurre dentro de marcos de estratificación social-estamental bastante bien delimitados.

Un tema recurrente es la migración por razones de estudios, tanto para proseguir la educación primaria, o para seguir estudios superiores, según los casos. ¿Qué decir sobre la extensión de la educación, incluso universitaria, a lo largo de este siglo?. Ciertamente, el país experimenta un cierto proceso de “modernización”: diferenciación y tecnificación social y económica, pública y privada, que demandan un personal con calificaciones antes escasas o incluso inexistentes. El caso es que durante varias décadas hubo una cierta correspondencia entre esas demandas y la “oferta”. Ahora bien, esta última implica *crear* nuevos sectores medios, o capas que aspiran a ser tales.

Vista a un nivel macrosocial, la modernización exigía y a la vez daba los canales, a través de la expansión educativa, para acceder a los nuevos espacios que ella creaba. La educación *se hizo necesaria*, y vista en términos de las expectativas individuales prácticos habría sido cuantitativamente suficiente. Es entonces un proceso muy distinto al habitualmente imaginado, según el cual la educación “permitiría” el ascenso social; más bien la modernización a la vez exigió y posibilitó la educación.

Pero la crisis posterior hace que la educación *ya no sea suficiente*, aunque en general sigue siendo necesaria. Esto ocurre sobre todo para los sectores medios, ante la expectativa de una recuperación económica o de una migración al extranjero. Sin embargo al mismo tiempo la crisis actual reduce de facto las posibilidades de culminar con los estudios a los cuales se aspira.

Algo que no aparece en estos trabajos —y aparte de ser muy difícil tampoco fue pedido— son las perspectivas que se puede encontrar para las familias en el futuro mediato. En algunos casos emerge una dramática sensación de impotencia; a fin de cuentas se trata de jóvenes que desde que tienen uso de razón han escuchado hablar de “crisis” y de que “antes los tiempos eran ‘normales’”. Para emplear los términos puestos por uno los estudiantes, ¿qué viene a ser “lo normal” para ellos?.

En fin, una impresión que brota del conjunto de estos materiales e ideas es que, en relación al controvertido tema de la “modernidad” en el Perú, efectivamente tenemos a lo largo de este siglo una paulatina emergencia del individuo y la extensión de esta condición a jóvenes, mujeres y a gentes de aspecto menos occidental. Esto se cristaliza a través de un campo tan elemental de estructuración del mundo privado, como es la vida familiar. Todo ello, referido a segmentos amplios pero limitados de nuestra topografía social, debe ser calibrado y enmarcado en el contexto de los procesos globales que atraviesan la sociedad peruana de hoy.

Las interpretaciones de nuestra realidad se dividen hoy en día entre las “optimistas” y “pesimistas”. Esta vez he encontrado una vertiente que muestra reservas morales importantes, tanto en la trayectoria de las familias como en los jóvenes que las han estudiado, sean o no parte de ellas. A esos estudiantes, mi reconocimiento y agradecimiento.

[Lima, Junio 1991]